

EL "DIARIO" DE DON MATÍAS ROMERO

Jorge Fernando ITURRIBARRIA
Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística

DEL DIARIO PERSONAL de don Matías Romero —publicación de El Colegio de México— se pueden extraer algo así como once años de su biografía (1855-1866) y emprender tentativamente esta parte con la ayuda de su archivo privado, lo que podría dar, con minucioso respeto del dato, una especie de transcripción autobiográfica. Este artículo se propone una simple glosa y comentario, espigando en terreno ya muy bien cosechado por Emma Cosío Villegas (en prólogo de dicha publicación) lo que su habilidad recolectora no quiso tomar.

Para mí este buceo en el *maremagnum* de las 656 páginas de lectura bien apretada, tiene el doble interés de la Historia y del reflejo de una de las personalidades oaxaqueñas del segundo cuarto del siglo pasado (contemporánea de Porfirio Díaz, José Justo Benítez, Félix Romero, Manuel Ruiz, Tiburcio Montiel, etc.) más acusada en ciertos rasgos que sus coetáneos, menos brillante en otros, hasta donde es posible que el lente de aumento de la interpretación nos revele las reacciones de un hombre reservado y discreto por temperamento, sin pliego de incurrir en deformaciones o mistificaciones.

Formando parte don Matías de la élite oaxaqueña (en parte educada en el Seminario Conciliar de la Santa Cruz y en parte en el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca), revela en su fecunda vida las cualidades características de esa pléyade oaxaqueña que se presenta con rasgos inconfundibles en el momento de incorporarse al movimiento de Reforma: convicción profunda, espíritu de sacrificio, altura de miras, preparación responsable en el mando civil o militar y perseverancia.

Una inclinación aventurera de trotamundos se despierta en él desde su mocedad: poco después de cumplidos los diecio-

cho años, el 29 de octubre de 1855, sale de la ciudad de Oaxaca, llega a México el 19 de noviembre, y el 27 de ese mes ya está prácticamente empleado en el ministerio de Relaciones. Juárez, a la sazón ministro de Justicia, le encomienda algunas contestaciones oficiales de confianza e, incluso, le pide opinión, a sus mozos dieciocho años, en asuntos que importaban mucho, como la reincidente protesta del arzobispo de México don Lázaro de la Garza, sobre la flamante Ley de Justicia (Ley Juárez), y si debe o no accederse a la instancia de un grupo liberal para que sea confiscado el Colegio de San Gregorio, de la orden jesuítica.

A poco, el 1º de diciembre, comienza con esa perseverancia suya que llena toda su vida, a solicitar de Juárez una plaza en la Legación mexicana en Londres, sin que lo detenga ni su edad ni su todavía pésimo inglés. Juárez le promete interceder con el presidente don Juan N. Álvarez y enviarlo con el general Almonte, titular entonces de esa Legación.

Cuando Juárez renuncia el ministerio, queda Romero en su puesto, y con su salario puede vivir y seguir sus estudios de Derecho hasta obtener el título. Y al retorno de Juárez a México (octubre 30-57) para asumir el ministerio de Gobernación con Comonfort, Romero es nombrado oficial de planta en Relaciones, para ponerse en el camino de lograr su sueño dorado: ir a Europa. Allí cultiva la amistad de don Melchor Ocampo, que ha de ser perdurable.

Estalla el 17 de diciembre de 1857 la cuartelada conservadora de Zuloaga en Tacubaya. Juárez sale rumbo a Guanajuato para asumir la presidencia de la República en enero de 58, y un mes más tarde, Romero, con Régules, Zaragoza y Fuentes, sale a incorporársele. Sin quitar el dedo del renglón, tiene la paciencia necesaria para esperar que se consolide el régimen de Juárez, pese a que cuanto les rodea es hostil, como la sublevación de Guadalajara (marzo 13).

Es interesante conocer la versión de Romero sobre estos sucesos, por la probidad histórica con que está escrito su *Diario* y por la discrepancia de su relato con la versión oficial de la historia. Nada dice, valga la cita, de la frase atribuida a don Guillermo Prieto y menos el que por su oportuna intervención salvara la vida el presidente:

No teniendo noticias del armisticio los del batallón Guerrero, que estaba en San Francisco, mandaron a Palacio una columna a la cabeza de Cruz Aedo y Molina. La bizarria con que los soldados llegaron a la plaza agitó extraordinariamente a los pronunciados, quienes creyeron que les habíamos traicionado y empezaron a manifestar su furor con imprecaciones. Entonces Peraza y Bravo, que nos vigilaban, apuntaron con sus pistolas a donde estábamos, introdujeron a los soldados a donde nos encontrábamos (la pieza que servía de despacho a Ocampo), les mandaron, Bravo solo, preparar las armas y apuntar hacia nosotros. El mismo Bravo contuvo entonces al soldado que iba a disparar su fusil, y *en ese momento salió Prieto de la pieza de la derecha, dijo algunas cosas, y los soldados salieron al corredor.*¹

La defección se produjo sorpresivamente de parte del 5º Batallón de Línea, comandado por el coronel Landa, en tanto que la guardia nacional permanecía fiel en su cuartel de San Agustín y en el convento de San Francisco. Desde el primero, el licenciado Miguel Contreras Medellín cañoneaba el reducto de los alzados. Los facciosos llegaron al Palacio de Gobierno de Guadalajara a intimar rendición a los liberales, proclamando al ejército y a la religión, con el clásico grito de los pretorianos. Los empleados con que tropezaron los rebeldes (entre ellos Romero) fueron intimidados y llevados detenidos a la pieza citada por don Matías, con centinela a la vista. Como al cuarto de hora fueron conducidos al departamento que servía de ministerio de Fomento, en donde estaba el presidente con todos los ministros. El pronunciamiento, que duró desde las diez y media de la mañana, se mantuvo en actividad de combate hasta por la noche.

A las 8 nos trajeron chocolate del Hotel Francés. Estuvimos en conversación varias personas, hasta las 11 ½ entró el oficial Peraza a pedirle a Juárez una orden para que se rindiera San Agustín, a lo que se resistió de una manera digna y decorosa. En seguida lo mandó llamar Landa, jefe del 5º de Línea, que era el cuerpo pronunciado, y se resistió de la misma manera.²

La culpa de todo este trastorno es imputable a Doblado, que se negó a participar en la acción de Cerro Gordo, retirándose y contribuyendo así a la derrota de Parrodi y al triunfo de los facciosos comandados por Osollo. Después Doblado

tuvo que capitular en Silao con el jefe conservador, dejando muy comprometida la seguridad del presidente y de sus ministros. Gracias a la energía del licenciado Contreras Medellín, como se dijo antes, al valor temerario de Miguel Cruz Aedo que, aunque un tanto imprudentemente, dada la situación, trató de dar un asalto al Palacio para rescatar a los detenidos y a la coincidencia de acercarse Parrodi a Guadalajara con el resto de sus fuerzas, cambió radicalmente el trato que sus captores daban a Juárez y a sus ministros, pues que, de prisioneros expuestos a vejaciones por las turbas azuzadas salidas de la cárcel, se convirtieron en custodiados protegidos de sus mismos captores y, ocasionalmente, en protectores de éstos.

Dice Romero que al conocer la proximidad de Parrodi, Landa y Moret fueron a congraciarse con Juárez "proponiendo una especie de convenio en virtud del cual, si entraba la columna, nosotros los salvaríamos, y si los presidiarios nos querían asesinar, ellos nos defenderían". Como entre si entraba o no la columna, la rabiosa jauría de presidiarios sacada por Landa de la cárcel bien pudo haber atentado contra la vida de los funcionarios, Juárez, que estaba resuelto a buscar mejor ambiente para establecer su gobierno, aceptó lo propuesto. Añade Romero: "Aunque yo me asusté mucho en el momento de peligro, me pasó pronto la impresión y quedé muy sereno." La zacapela costó 18 muertos y más de 60 heridos.

CUANDO YA JUÁREZ y sus ministros habían salido bien librados del percance y sabe Romero la determinación de trasladarse a Veracruz el gobierno, vuelve a despertarse el trotamundos que hay en él. El 9 de abril, en Manzanillo, conoce por vez primera el espectáculo sublime del mar, que contempla extasiado. Aun ignora que ese maravilloso mar que lo anonada le va a cortar las alas desahuciándolo de sus ansias viajeras, hasta el grado de llegar el mareo a convertirlo en un guiñapo humano. Así, es de los primeros en alistarse para emprender la aventura que entonces significaba costear Centroamérica por el Pacífico, transbordar en Panamá y volver a la costa mexicana por el Atlántico. Juárez intenta hacerlo desistir y

le aconseja que al pasar el "John L. Stephens" por Acapulco se separe de la expedición y de allí siga para Oaxaca, "por el peligro que había tocando climas mortíferos como La Habana y Nueva Orleans". De igual manera opinan su paisano el licenciado Manuel Ruiz, ministro de Justicia, y don Melchor Ocampo. Romero pidió que si no le permitían acompañarlos a Veracruz le permitieran quedarse con el general Degollado en Colima. Por fin, se impone con su insistencia y el 11 de abril embarcan. Cuando desde el barco se avistan las costas de Acapulco, se le vuelve a insinuar la conveniencia de quedarse, y a pesar de lo mucho que ha sufrido en la travesía desde Manzanillo (y con la perspectiva del tormento que le van a significar veintidós días de andar flotando, prácticamente mantenido con té y sin poder levantarse), se aferra a su decisión de seguir adelante.

Esta firmeza, esta constancia es uno de los rasgos que han de caracterizar a Romero en otros menesteres. Comparativamente y contando con que hasta entonces su decisión no rebasa el campo de lo personal, puede advertirse que su tenacidad tiene analogías con Juárez y con muchos de sus contemporáneos oaxaqueños, incluso por Porfirio Díaz, salvo que la voluntad del futuro caudillo va a proyectarse muy hiperestesiada hacia la retención del poder. Si algunos otros paisanos de Romero no pudieron escalar la cima de Díaz (entre ellos Benítez y el general Ignacio Mejía) fue porque se estrellaron frente a la férrea voluntad de un hombre intransigente en ceder o compartir el mando.

Por fin llegan al puerto jarocho, tras larguísima travesía, el 4 de mayo. Se nota gran movimiento. En la parroquia se canta un *Te Deum*. Al llegar Romero al preparado alojamiento, encuéntrase con otros paisanos suyos que han llegado a incorporarse: Enciso, Mier y Terán, Ignacio Pombo, Mariano Jiménez, etc. Desvanecidas las brumas atormentadoras del mareo, Romero recobra su personalidad y, con ella, su dinamismo. Es servicial y se allana a prestarse a todo: mozo de cordel, recadero, mandadero, amanuense, comensal en la mesa presidencial y consejero ocasional de Juárez. En Veracruz vuelve a oír misa el domingo 23 de mayo, práctica muy habitual suya que había dejado desde los sucesos de Tacubaya.

¿El *Te Deum* lo ha reconciliado en cierto modo con el clero?

Vamos a referirnos a una de las genialidades del carácter de Romero: desde septiembre de 1856, cuando aun era estudiante de leyes y ya amanuense con treinta pesos mensuales en el ministerio de Relaciones, comenzó a elaborar una *Tabla Sinóptica de Relaciones*, expediente práctico que se le ocurre para destacar en el cuadro cronológico todos los acuerdos, convenios y tratados internacionales celebrados por México, con anotación de sus condiciones, referencias y consecuencias en los diversos órdenes. Emprende este trabajo llevado de su espíritu metódico, que ya empieza a revelarse, tanto porque así se auxilia en sus estudios de derecho internacional, como porque en su calidad de empleado todavía covachuelista, pero con muy bien definidas ambiciones, aquella *Tabla* facilitaba notablemente la localización de cualquier asunto cuando le fuere solicitado por el ministro. No tarda en darse cuenta de la utilidad e importancia de su cuadro sinóptico y, naturalmente, comienza a insistir con el titular sobre la urgencia de su publicación. Y no cesa: unos ministros caen y otros suben, y él, imperturbable, con cierto automatismo muy propio de su carácter, como si de dar los buenos días se tratara, atosiga al funcionario en turno con elocuentes argumentos en pro de su obra, o le recuerda la promesa de que se imprimirá.

Esta *Tabla Sinóptica* iba acompañada de una *Reseña histórica de los Tratados* y de un cuaderno adicional titulado *Objeto de los Tratados*, todo ello muy útil, en verdad, para la historia de la diplomacia mexicana, aparte de su valor oficioso. En su elaboración puso Romero el interés; más bien, el fervor que dedicaba a cuanto emprendía. Lógico era que con la misma vehemencia exigiera su publicación. De la obsesión en que para Romero llegó a convertirse este asunto nos dan fe las 107 alusiones que sobre él pueden leerse en su *Diario*. Por fin, la soñada publicación se logra, aunque no como lo hubiera deseado: aparece la famosa *Tabla*, primero en *El Demócrata* de Tabasco, y más tarde en el órgano del Gobierno liberal, *La Reforma*, que se editaba en Veracruz, y así queda finiquitado el caso.

Fue Ocampo, como ministro de Relaciones, quien autorizó

la publicación, accediendo tanto por la utilidad del trabajo, como por la debilidad que siempre tuvo por este gran muchacho capaz de los más grandes sacrificios; aunque Ocampo no dejó de tener sus reservas sobre ciertos inconvenientes de la publicación: los mismos que antes le había marcado a su autor el ministro Lerdo de Tejada, con quien Romero, rompiendo lanzas, llegó a sostener acaloradas discusiones que, a veces, tocaron los linderos de la impertinencia:

Hablando largamente me dijo que el negocio ofrecía muchas dificultades; que los inconvenientes de publicar negociaciones reservadas eran que cada parte se aferraba más en lo que solicitaba y era más difícil una transacción, y que recordándoles el asunto no se les podía sorprender en él al arreglar otro distinto, y, por último, que se despertaba la codicia de los particulares que instigarían a su gobierno. Al fin convino en que no había dificultad en conceder la aprobación de la *Tabla Sinóptica* propiamente dicha con sus notas y el cuaderno titulado *Reseña histórica de los tratados*, pero que no sucedía lo mismo con el "Objeto de los tratados" porque aun cuando esta parte fuera la más exacta y aun cuando en ella se expresaran con más claridad los conceptos de los tratados que en éstos mismos, bastaría que ese texto tuviera una nueva redacción para que se pudieran fundar en él reclamaciones y suscitar cuestiones innecesarias. En vista de estas dificultades convenimos en pensar a una manera de conciliarlas y decírmola mañana al oración.³

La misma machacona insistencia va a advertirse en Romero como embajador de México en Washington, en cuanto se refiere a la publicación de la correspondencia diplomática cruzada entre la Embajada Mexicana y el Departamento de Estado de los Estados Unidos. Así también, fuera de la época ocupada por el *Diario*, ha de mostrar don Matías igual perseverancia en convertirse en finquero del Soconusco, y si en estas agencias fracasó, fue porque el presidente Barrios, de Guatemala, movió contra él fuerzas hostiles que, al fin, condujeron al saqueo e incendio de su finca cafetalera.

DURANTE SU ESTADÍA EN VERACRUZ Romero no cambia su carácter servicial: hace vida casi familiar con Juárez y sus ministros: frecuentemente es comensal en la mesa del presidente

y participa en la conversación. Se levanta muy temprano (lo que no hará en Washington) sólo porque Juárez y Ocampo son madrugadores. Si a su gusto hubiera quedado, él dormiría hasta bien tardecito, porque le gusta desvelarse leyendo. Lee todo lo que puede comprar o cae en sus manos: *La democracia en América*, de Tocqueville; *Viajes por orden suprema*, el drama *Don Carlos, infante de España*; las novelas *Ángel Pitou* y *Carlos IV en Marsella*, el *Oficial aventurero*, de Walter Scott; el *Manual de gasmoñería*, el *Tratado de la generación*, *Los misterios de Roma*, *La Condesa de Charny*, *México y sus revoluciones*, del doctor Mora; *El código del amor*, *Las mujeres célebres*, la *Historia de la guerra de México*, las *Memorias*, de Vivó; la *Historia de Carlos V*, de Robertson; la *Educación de las madres de familia*, de Aimé Martin; la *Biografía de Eloísa*, de Lamartine; la *Biografía de Nelson*, el *Telémaco*, de Fenelón; *Los compañeros de Jehú*, la *Historia de la revolución de Ayutla*, etcétera.

Cuando hay oportunidad, asiste a las representaciones teatrales en el coliseo del puerto, por donde desfilan *Amor de madre*, *El pilluelo de París*, *Una noche y una aurora*, *Una broma de Quevedo*, *Por derecho de conquista* (dedicada a Juárez), *Flor de un día*, *Ernestina*, *María Juana la loca de Sevilla*, *Rita la española*, *El preceptor y su mujer*, *Deudas del alma*, *Un soldado de Napoleón*, *Ángela o el triunfo de la virtud*, *Geroma la castañera*, *Malas tentaciones*, *El trovador*, *Una virgen de Murillo*, etcétera.

Así pasa el tiempo, entre dudas y recelos sobre la actitud que vayan a asumir los Estados Unidos, cuando, por fin, el 5 de abril de 59, el ministro norteamericano Mac Lane comunica oficialmente a Juárez el deseado reconocimiento. Romero tiene que improvisarse jefe del ceremonial, y mientras se manda planchar su traje negro, corre en busca del Derecho Internacional Mexicano para organizar la entrega de credenciales y el cambio protocolario de discursos. Por primera y única vez una ceremonia de esta naturaleza tiene lugar en el palacio municipal de una provincia mexicana.

Cuando, el 16 de agosto, llega don Juan Antonio de la Fuente llamado por Juárez para asumir el ministerio de Relaciones (de común acuerdo con Ocampo, que pasa a Go-

bernación), tiene que irse Romero con don Melchor, mas no sin la promesa de que a su tiempo influirá éste para que vaya a la esperada legación europea. En efecto, y aunque no con destino a Europa, el 8 de octubre le anuncia Ocampo que va a proponerlo para secretario de la Legación en Washington. Romero acepta sin desistir de sus propósitos de ir a Londres, que alguna vez han de cumplirse, y desde ese momento troca las novelas por el *Ollendorf* inglés y empieza a tomar clases de ese idioma con don Lorenzo Bond.

El 23 de noviembre recibe el despacho. Al llegar al puerto el vapor "Tennessee" en que hará el viaje, da prisa a sus preparativos, va a dar las gracias a Juárez por su designación y en larga plática con Ocampo éste le confía a Romero la crisis ministerial que se avecina por la oposición de la guarnición de la plaza a que Lerdo vuelva al gabinete, la posibilidad de que por esa presión se nombre ministros de Gobernación Fomento y Guerra, respectivamente al general Ignacio de la Llave, a Emparán y a Parte Arroyo, y la resolución de Ocampo de separarse del gabinete tan pronto como firme el tratado Mac Lane-Ocampo.

Bajo esta impresión se embarca Romero el 10 de diciembre: "Me mareé en cuanto empezamos a andar —dice— y tuve que acostarme inmediatamente. Depuse mucha bilis primero, después una cosa negra y al último sangre. No tomé nada ni me levanté en todo el día que sopló el norte con fuerza."

Llega a Nueva Orleáns el 13. El 16 sale para Memphis. De allí, el 21 por ferrocarril se traslada a Linchburg. Pasa a Gordonsville y Alejandría, el 24 aborda un vaporcito, y por el Río Potomac llega a Washington el mismo día. Balbuciendo con su todavía mal inglés, tiene que entrevistarse con el general Cats, secretario de Estado, y más tarde con el presidente Buchanan; pero en esta ocasión va acompañado del encargado de negocios de nuestro país, don José María Mata, yerno de Ocampo, con quien llega muy recomendado por el patricio michoacano. Inmediatamente toma nuevo maestro de inglés: un tal mister Zaphone, y empieza a traducir, del inglés al español, algunos documentos oficiales, entre ellos el mensaje del mandatario norteamericano. Se instala lo mejor

que puede, pero la crudeza del invierno lo hace quejarse frecuentemente.

No tarda en comenzar a practicar su inglés con mademoiselle Nicholson, que a su vez quiere practicar el español. Van pasando los días y sabe por conducto de Mata que Ocampo, como le anunció, se ha separado del gabinete y que tal vez vaya como ministro a Washington o a Londres. Un tanto menos desambientado, adaptándose al frío que empieza a ceder, puede dar rienda a otra de sus grandes aficiones: curiosarlo todo. El 17 de marzo de 1860 asiste al teatro para probar su inglés y queda muy satisfecho, pues, según dice, entendió muy bien la obra representada.

Con oídos atentos a México, a fines de ese mes recibe información oficial de que Miramón desiste temporalmente de asediar el Puerto, y como Mata pasa largas temporadas en Baltimore o en Nueva York y casi no hay que hacer en la embajada, Romero se da maña para conocer cuanto puede en los viajes que para consultar con Mata debe hacer a esas ciudades. En Filadelfia observa cuidadosamente, en el Independence Hall del Ayuntamiento, la galería de retratos de los próceres que suscribieron el Acta de Independencia y la campana con que se anunció la separación de las 13 colonias. Dada su cultura y sus hábitos de mexicano del Sur, le causa pésima impresión el observar que en un jurado los jueces actúan con los sombreros puestos. Visita escuelas, cárceles, la Academia de Ciencias Naturales y la de Bellas Artes, y de esta última concluye afirmando que es mejor la nuestra de San Carlos. Va al Navy Yard, al Colegio para Ciegos, a la Casa del Niño Desamparado, al Instituto de Sordomudos. . . Regresa a Nueva York y se mete en una sinagoga judía a observar los oficios y ritos. Luego va a curiosar por las iglesias presbiterianas, baptistas y metodistas, a la Catedral de San Patricio, al Parque Central, al Museo Barnum, a un café al estilo de París a la Astor Library, la mejor biblioteca, entonces, del país vecino; visita los grandes diarios: *The Tribune* y *The Times* y admira la rapidez del tiro en las prensas de vapor; el Instituto Cooper de Ciencia y Arte y su galería de pinturas, la Sociedad Americana de la Biblia, en cuyas bodegas ve apiladas cajas y más cajas que contienen millones de biblias;

visita el Refugio de Jóvenes Delincuentes, otro para desamparados y un asilo de huérfanos de color, va al Hotel de Locos (Bloomingdale Insane) y hasta concurre a una representación teatral en alemán, en la que se conforma con interpretar la mímica de los actores.

Vuelve a Washington, pero desviándose lo necesario para admirar las Cataratas del Niágara, y en un nuevo viaje a la capital norteamericana visita el Senado, el Congreso General y la Corte de Justicia. Como ha de volver a Nueva York, poco tiempo después retorna a las Cataratas, y al pasar por Montreal se acerca por el mercado y de momento sorpréndele que las gentes hablan en perfecto francés. Conferencia en Albany con Mata y éste comunica a Romero que va a quedar encargado de la embajada durante su ausencia.

Llega Romero a Washington el 16 de agosto; da los avisos protocolarios al Departamento de Estado y como por el tenor de la conversación con Mata deduce que éste dejará el puesto, Romero comienza a desarrollar una activa y fecunda labor. Precisamente por estos días aparece en escena mister Mac Lane, que regresa de México y que da a Romero la impresión de desairado y caído de ánimos, porque el Senado de los Estados Unidos aún no ratifica el discutido tratado con Ocampo. Confía a Romero que tendrá que volver a México por el empeño del presidente norteamericano, pero que él ha puesto por condición que el gobierno "mande una fuerza naval respetable a sus órdenes y se le autorice para oponerse a las hostilidades que los españoles de Cuba preparan contra Veracruz".⁴ Esta versión le es confirmada luego a Romero en el Departamento de Estado por el general Cats, en el sentido de que el gobierno norteamericano estaba reforzando su escuadrilla en el puerto mexicano para proteger las vidas y propiedades de los ciudadanos americanos, o sea el viejo pretexto de los yanquis para intervenir en los asuntos de los pueblos hispanoamericanos. Los informes de Mac Lane dejan confuso y preocupado a Romero, y como necesita informar a México, trata de sonsacarle más información, sin lograrlo, porque el diplomático norteamericano se muestra reservado. Como consecuencia de esta incertidumbre, sufre Romero fuertes dolores nerviosos de muela que no le dejan dormir con frecuencia;

pero es tan laborioso y dado a aprovechar el tiempo, que cuando tal cosa sucede se levanta de su lecho a escribir su correspondencia, adelantado sus tareas.

La confusión y desorientación de Romero sobre aquellas versiones se justificaba porque antes de hablar con Mac Lane, mister Trescott, del Departamento de Estado, a pregunta suya sobre si sabía que al gobierno de México se aseguraba que el de España había logrado de los Estados Unidos el compromiso de permanecer neutrales en las hostilidades que pudieran suscitarse entre México y España, por una posible agresión naval de barcos cubanos sobre Veracruz, el funcionario yanqui le respondió con frío laconismo que "los pormenores del caso se le iban a comunicar a Mac Lane para que los ponga en conocimiento del gobierno de México". Esto debía molestar con sobra de razón a Romero, porque era forzoso interpretarlo como un desaire a su puesto de encargado oficial de los negocios de México en los Estados Unidos, como una increíble y ofensiva falta de confianza.

Pasa días amargos, y al fin se divaga presenciando un matrimonio protestante, yendo a la recepción del Príncipe de Gales, o en devaneos amorosos (siempre muy caballerosos) con una señorita Wilson. Así llegan (noviembre 6) las elecciones presidenciales de los Estados Unidos y el triunfo del partido republicano, con Abraham Lincoln.

Coincidentemente, con el nuevo año de 1861 llegan las buenas noticias. Se sabe en Washington de la derrota de Miramón y de la ocupación de Puebla y México por las fuerzas del general González Ortega. Entretanto, Romero se ha paseado un poco: ha ido a Columbus, a Cincinnati, a San Luis Missouri. Poco después emprende viaje a Chicago, rumbo a Springfield, en donde descansa Lincoln antes de tomar posesión. Le lleva una nota de nuestro ministro de Relaciones en la que, después de las felicitaciones del gobierno de México y los augurios por el buen éxito de su gobierno, palpita la esperanza de una más amplia colaboración moral con nuestro país durante el mandato del nuevo presidente. Romero explica a Lincoln (todavía poco enterado de la situación de México) que la causa de las constantes revueltas son el clero y el ejército, empeñados en sostener sus privilegios e influen-

cia de que gozaban en el régimen colonial. “Hoy, vencidos —asegura—, hay fundadas esperanzas de que la paz florecerá.” Lincoln le promete ayudar a México y tratarlo como nación hermana, sin que haya presión, interés o influencia alguna que pudiera hacerlo cambiar de conducta. Le pide a Romero la traducción al inglés de la nota de la cancillería mexicana y, a instancias de Romero, se compromete a repetirle oficialmente y por escrito la opinión que acaba de expresarle. Don Matías le expresa su congratulación por el retorno del partido republicano al poder “porque esperaba que la política de este partido sería más leal y amistosa y no como la del demócrata, que ha estado reducida a quitarle a México su territorio para extender la esclavitud”.⁵ Lincoln le pregunta con interés sobre la situación de los peones mexicanos y por la población de la ciudad de México, que él suponía muy corta. Se habló después de la ratificación de Seward en la Secretaría de Estado y la despedida, según el *Diario*, fue muy cordial. Como una opinión personal insinúa la posibilidad, por la abundancia en las explicaciones de Romero y sus lisonjas para el partido de Lincoln, al par que las censuras al demócrata, manifestaciones poco acostumbradas en el *Diario*, que la nota de nuestro ministro de Relaciones contuviera una apelación al presidente electo, con mayoría republicana en el Senado, para que este cuerpo aplazara o llegara a descartar la ratificación del Tratado Mac Lane-Ocampo, urgido por Buchanan como condición para ofrecer ayuda moral a México. De confirmarse esto, revelaría un triunfo de la diplomacia mexicana.

Prácticamente, las relaciones de Romero con el nuevo ministro Seward se inician el 4 de febrero de 1861, con las explicaciones que nuestra cancillería le ordena presentar al gobierno norteamericano por las expulsiones que el nuestro acaba de decretar en contra del embajador Pacheco, de España, y del Nuncio Apostólico, monseñor Clementi, considerados como extranjeros perniciosos. Las explicaciones estuvieron motivadas por las protestas del representante diplomático de Francia en los Estados Unidos, quien dijo a Romero que “el destierro de Pacheco era una medida muy fuerte, que en lo relativo al nuncio, la determinación afectaba los intereses de

la Francia, y que, según sus noticias, el partido reaccionario estaba todavía fuerte.

Poco después, cuando planean separarse de la Unión Americana varias de las entidades del Sur para formar los Estados Confederados de América, recibe Romero la visita de mister Cheever, que trata de saber "cómo se recibiría en México [el proyecto de] una alianza de los Estados Unidos para rechazar las agresiones [de los Estados] del Sur". Dos días después insiste sobre el mismo tema el diputado por Ohio al Congreso General, mister Corwin, quien afirma a nuestro representante que México está corriendo el peligro de ser invadido por los Estados del Sur. Para conjurarlo, le insinúa la conveniencia de aliarse con los Estados del Norte.

Már tarde (marzo 27), y probablemente por ser uno de los líderes de este proyecto, Corwin es nombrado representante de los Estados Unidos en México, y como consecuencia de esta designación y de sus gestiones ante nuestra Secretaría de Relaciones, va Romero a entrevistarse con mister Seward para confiarle que, después de algunas investigaciones, ha corroborado el propósito que anima a los Estados del Sur "de adquirir el territorio de México para extender en él la esclavitud" y que, como resultado de sus informes al gobierno mexicano, "había recibido la autorización para manifestarle que México consentiría en celebrar un tratado en que se garantizaran sus límites actuales y se prohibiera la introducción de la esclavitud en su territorio, pero sin dar intervención en esto a las potencias europeas".⁶ Sobre este particular, Romero dejó un memorándum a Seward, y en nueva entrevista con él, a los tres días, Seward le comunica que como Corwin llevó autorización a México para ajustar un nuevo tratado con nuestro país, le había enviado al embajador americano copia del memorándum entregado por Romero; a continuación puso en sus manos una solicitud que le suplicó turnar a la cancillería mexicana para el paso de tropas por territorio mexicano, de San Francisco California al Estado de Arizona, por el puerto de Guaymas.

EL 1º DE JUNIO DE 1861 Romero recibe, en un mensaje de don Antonio de la Fuente, suscrito en Nueva York, los primeros

indicios de que sobre México va a agitarse una nueva tormenta, cuando aquél le comunica que se dirige a Europa buscando conciliar los intereses de Inglaterra y Francia con los de nuestro país, por la suspensión que el gobierno mexicano se había visto obligado a acordar en relación con el pago de nuestras deudas acumuladas con aquellas potencias. Y De la Fuente, antes de embarcarse, necesita que Romero lo oriente respecto de la actitud que ante esa suspensión pudieran asumir los Estados Unidos. Romero no se limita a un informe, sino que va a Nueva York y se entrevista con De la Fuente.

Por el mismo correo que le franquea la carta del funcionario mexicano, sabe con pena e indignación del asesinato de Ocampo, del fusilamiento de Degollado y de la obligada conformidad con que nuestro gobierno acepta el paso solicitado de las tropas yanquis; aunque puntualizando, como Romero lo hace ver a mister Blair, que se accede sin comprometer en un ápice la soberanía nacional sobre nuestro territorio.

Las representaciones diplomáticas sobre la deuda, cuando menos para Francia, se ligan con un antecedente que puede ayudar a develar los verdaderos motivos que animan al país acreedor: el 1º de agosto de ese año Romero tiene oportunidad de “ver una nota del Departamento de Estado, dirigida a mister Corwin, sobre los trabajos de Almonte en París, cerca de mister Dayton, contrarios al gobierno de México”.⁷ Hasta el día 30 puede don Matías lograr una entrevista con Lincoln, que debió relacionarse con la intriga que se urde en Francia, porque el 2 de septiembre, tan pronto como vuelve Seward a Washington, tratan el caso, y para satisfacción de Romero se le muestra la comunicación que la cancillería norteamericana remite a su representante en México y “que contiene la determinación de este gobierno respecto a la conducta que se propone seguir en nuestras dificultades con Francia e Inglaterra”. Esta comunicación va a llevarla personalmente a su destino mister Marcus Otterbourg, recién designado cónsul de los Estados Unidos en México.

Como era de suponerse, no dilata Romero en recibir informes de De la Fuente, llegados de París, comunicándole que sus gestiones para posponer cualquiera medida coercitiva de aquellas dos potencias se consideran fracasadas, porque sus go-

biernos determinaron aprobar la conducta de sus respectivos ministros en México.

Ante esta situación, la cancillería norteamericana parece preocuparse, y actuando con la psicología de un pueblo que supone poder resolver todos los problemas con dinero, hace gestiones ante dichos países por el conducto de sus representantes diplomáticos para que, en tanto México está en condiciones de reanudar el pago de los réditos de la deuda, el tesoro americano supla dichos intereses, y como más tarde, en la Convención Tripartita, España se coaliga con las dos potencias en su carácter de tercer acreedor, Romero va a proponer a Seward que se hagan extensivas al gobierno español las gestiones iniciadas con Francia e Inglaterra "en vista de las últimas noticias recibidas de Europa, de que aquella nación [también] se prepara a hostilizar a México". Seward le contesta que "ya había dado orden a la Legación de los Estados Unidos en Madrid para que se pidieran explicaciones por tales preparativos".⁸

Mientras tanto, los anexionistas de los Estados del Sur se movían sobre la frontera común noroccidental, encabezados por un tal Gwin, que aspiraba a incorporar la Baja California y Sonora. Seward informaba sobre estos planes filibusteros (noviembre 16) que el agente de los surianos estaba ya bien preso en el Fuerte Lafayette y que otros dos sujetos, Mason y Slidel, habían sido detenidos por la misma causa.

Sobre la amenaza de las tres potencias europeas se empiezan a mover intereses para que intervengan los Estados Unidos conjurando una posible invasión europea a México, pero desde el punto de vista norteamericano de interpretar la Doctrina Monroe y según los principios del Destino Manifiesto, como Buchanan lo había planteado a fines de 1859, en su mensaje al Congreso.⁹ Así ocurre que, desde el 30 de septiembre, a iniciativa de un tal Dumbar, llegado a Washington de Nueva York, Romero había solicitado audiencia del presidente Lincoln para pedirle que los Estados Unidos hicieran valer su influencia moral oponiéndose a cualquiera intervención europea en México. Fue, pues, con Dumbar, al Capitolio, lo presentó y se retiró luego porque viendo éste la situación desde el ángulo norteamericano, le parecía pru-

dente no presenciar la entrevista. Subraya Romero que ya se encontraba allí Seward, solicitado tal vez por el presidente, para que lo asistiera. "La presencia de Seward me desconcertó", dice Romero. El 30 insiste sobre el caso con Seward, más bien curioso de sacar el ovillo de la madeja, y poco después hay rumores, que resultaron infundados, sobre que los Estados Unidos enviarían a las costas del Golfo una fuerza naval. Más tarde (febrero 23-62) se liga a esta versión, inconsultamente, la de que el general Winfield Scott sería acreditado ministro de los Estados Unidos en México.

Tampoco estos diceres se comprueban. Lo que hay es mucha chismografía y no poca intriga. Al llegar a Nueva York, de Europa, el ministro De la Fuente (abril 23-62) y entrevistarse con Romero, le confirma la versión, ya muy propalada en ese continente, sobre los proyectos de implantar una monarquía en México. Esto influye para que don Matías hable con mister Crittenden, presidente de la Comisión de Relaciones del Congreso y le pida que proponga de plano una declaración contraria a esos planes. El 8 de mayo va a conferenciar con Seward sobre este punto, pero el ministro yanqui lo descorazona con la respuesta de que "cuando la guerra civil termine aquí estarán los Estados Unidos en actitud de hablar alto con Francia". Romero mira el porvenir, y le pide que le ratifique por escrito esta promesa.

La derrota de los franceses en Puebla, confirmada el 14 de mayo por los diarios procedentes de Nueva York, levanta la moral de nuestro representante diplomático, porque sabe que el triunfo militar de México repercutirá en los Estados Unidos con expresiones de respeto hacia el régimen republicano. Dice, entre otras cosas, que "el general Milans se expresó en términos muy honoríficos de los mexicanos". Por otra parte, al llegar el general Prim a Nueva York dirige una carta a Napoleón III pidiéndole que desista de su aventura militar en México. Hay cordiales manifestaciones de admiración y simpatía para nosotros de parte del digno diplomático español en la comida que a su esposa y a él les es ofrecida en el Delmonico de Nueva York, y por lo que dice Romero, se entiende que parte de los brindis fueron un homenaje a

México. Ya desde entonces era Nueva York la caja de resonancia de los Estados Unidos.

Mientras tanto, con la incorporación de nuevos Estados esclavistas al bloque de los Confederados (Carolina del Norte, Arkansas, Tennessee y Virginia) la amenaza latente de ser invadido México por los surianos va configurando la conveniencia de que nuestro país suscriba una alianza defensiva con los Estados abolicionistas del Norte, proyecto que desde febrero venía acariciando Corwin, como diputado por Ohio al Congreso General. En consecuencia, don Matías activa sus gestiones para que el diputado Cox promueva en el Congreso la concertación de esta alianza, cuyo proyecto se redacta en forma de Tratado. A este proyecto hizo anexar don Matías una colección de notas sobre política francesa y la copia de la consabida carta de Prim al Emperador de Francia.

Pronto la posibilidad de tener en México un aliado ocasional, utilizable a la política interna del Capitolio, determina que las reservas y frialdad diplomática de Seward con Romero den paso a una "cordial amistad", cuando aquél pide a éste que le sirva de compañía a su hija en viaje a Nueva York, y cuando, más tarde, se allana a franquearle a Romero copia de la documentación sobre el "Caso México" presentada por el gobierno británico al Parlamento inglés. Igualmente lo hace Seward con los documentos presentados a Cortes por el gobierno español. Así Romero puede sacar copias e informar a su país de los motivos reconocidos por Inglaterra y España para separarse de su tercera asociada en la aventura de México.

Sin embargo, las cosas no marchan del todo bien: un buen cargamento de armas y parque adquiridos por México no pueden pasar por Nueva York a Matamoros, por impedirlo el ministerio norteamericano de la Guerra, y a mayor abundamiento, en su nota de 22 de noviembre, Romero escribe: "Tuve una entrevista de un carácter muy desagradable con Mr. Seward." Es posible que se refiera a su negativa brusca (después de habérselo prometido) de publicar el informe de la Embajada Mexicana anexo al Mensaje del presidente Lincoln al Congreso americano. Y mientras nuestro país encuentra taxativas para adquirir armamento, don Matías sabe de

buena fuente que los franceses han podido obtener efectos de guerra, de contrabando, de los Estados Unidos, con la ayuda, presuntivamente, de algún Estado esclavista con puerto sobre el Atlántico, como Louisiana. Hace esta anotación con amargura (enero 12-63) y poco después afirma que una segunda entrevista desagradable con Seward se ha repetido, relacionada con las notas de Somers, que han de enviarse al Congreso. Finalmente, gracias a su perseverancia y a que ha de sobreponerse a la molestia que deben causarle los incidentes con Seward, logra que se publiquen 5,000 ejemplares de la correspondencia cruzada entre nuestra Legación en Washington y la cancillería americana, como anexo al mensaje presidencial.

MÁS BIEN QUE POR EL CLIMA (de que se queja frecuentemente), por su posición de encargado de negocios, que empieza a encontrar desairada en Washington, y por la convicción de que en esas condiciones muy poco puede hacer, solicita Romero y obtiene una licencia para volver a su patria. A fines de abril pide sus pasaportes a Seward, se despide de Lincoln y sale para México (mayo 16) en el "Columbus". Va a Nueva Orleáns; de allí, en la goleta "Anna", se dirige a Matamoros y luego, a Tampico, en un vaporcito de río, sufriendo los inevitables mareos. De allí emprende el viaje por tierra a San Luis Potosí, donde ha fijado su residencia el régimen republicano. Llega (junio 28) y al día siguiente saluda al Presidente en el Palacio del Gobierno. El 30, en segunda entrevista, después de visitar a De la Fuente, anota Romero haber dicho a Juárez:

... que no deseaba yo volver a los Estados Unidos, que ni el clima me asentaba ni estaba yo contento allí y prefería servir en el ejército a las órdenes de Porfirio Díaz; pero que si no hubiera persona que quisiera ir a Washington y el gobierno insistía en que yo volviera, haciendo un verdadero esfuerzo saldría desde luego por no haber sacrificio que no estuviera yo dispuesto a hacer en favor de la patria.¹⁰

En su plática con De la Fuente, éste le pone al tanto de un proyecto del general Plácido Vega para adquirir armas en

los Estados Unidos, para cuya ejecución se pensaba designar al propio De la Fuente embajador en Washington. Al mismo tiempo se estaba puntualizando otro contrato para el mismo objeto con don Juan Bustamante, de cuyo proyecto se encargó a Romero hacer la traducción, del original en inglés, al castellano.

En nueva entrevista con Juárez (julio 9) éste le entrega a don Matías una carta del general Porfirio Díaz sobrecartada para él. Como contiene un recado para el presidente, Romero da lectura a la parte relativa en voz alta para informarle. De su contenido dice en su *Diario*: "En ella me suplicaba que viera yo al presidente en su nombre para persuadirlo de que le quitara el mando de jefe del ejército, por no considerarse capaz de desempeñar debidamente ese encargo."

No aclara Romero cuál haya sido la respuesta de Juárez, pero sí que debía ir a comunicársela personalmente. Y en relación con su propia solicitud para incorporarse a las fuerzas de Díaz, afirma que Juárez dijo que si era su deseo podía hacerlo y comunicárselo también a Díaz, para que éste le expidiera su nombramiento, a lo que Romero respondió dignamente rechazando grados o empleos de favor, "porque deseaba ir a servir como soldado raso", y que si se distinguía tiempo habría de promoverlo.

¿Era ésta una de las singularidades de don Matías, que pretendía hacerse soldado de golpe como había tenido que hacerse diplomático? ¿O estaba resentido con Juárez porque desde el 16 de agosto de 1860 se le había tenido en Washington como simple encargado, sin otorgársele el esperado ascenso? ¿O lo hace para que el presidente defina su situación en Washington? ¿O procede con la psicología del susceptible, que era una de las características más acusadas del oaxaqueño del siglo pasado? Es posible que en él hayan operado algo de resentimiento y mucha susceptibilidad. Hermético, Romero nada deja traslucir. Pero al entrevistarse con el general Díaz, en Acámbaro, con las instrucciones reservadas de Juárez, aquél le muestra la copia de la carta que ha escrito al presidente en solicitud de que expida despacho de coronel de infantería en favor de Romero, para extenderle nombramiento de jefe de su estado mayor.¹¹

¿Es que (como supongo) Díaz realmente necesitaba a Romero y éste aprovechó la coyuntura para definir su situación? La verdad es que don Matías queda a las órdenes de Díaz hasta que se presenta una de las crisis ministeriales, como veremos. Comisionado sale a Morelia con carta de Díaz para don Luis Couto, gobernador de Michoacán. Allí visita el Colegio de San Nicolás y toma en sus manos con respeto reverencial algunos de los libros que fueron de la biblioteca privada de su paternal amigo don Melchor Ocampo. Vuelve a Acámbaro, y en compañía de Díaz, sale para Querétaro, de donde se dirige solo a León, Guanajuato, en comisión militar de aquél a entrevistarse con Uraga, a quien no encuentra por haber salido para San Luis. Pero en su ausencia, habla con el general Doblado, que manda, en jefe, las fuerzas de Guanajuato. Retorna a Querétaro, habla con el general Díaz sobre la situación y marcha para San Luis, en donde se entrevista con De la Fuente, en el ministerio de Relaciones. Es seguro que, antes de hablar con él, le comunica la posición intransigente del general Doblado negándose a colaborar con el régimen en tanto que aquél no salga del gabinete. Ese mismo día (agosto 14) Romero busca al presidente y le comunica la decisión de Doblado. Como consecuencia, se presenta la crisis ministerial con la renuncia de sus miembros. Juárez tiene que aceptar en ese momento difícil la condición impuesta por el general Doblado y reorganiza su equipo con éste en las secretarías de Guerra y Gobernación; Lerdo de Tejada en Justicia y Fomento; Núñez, en Hacienda, y Comonfort, en Guerra.

Ante la forzada separación de De la Fuente, y habiéndole Romero acabado de ratificar al presidente, el 15 de agosto, su decisión de volver a Oaxaca con el general Díaz, aun contra su interés personal le parece decoroso proponer a De la Fuente como ministro de México en Washington, y para la secretaria, al licenciado Ignacio Mariscal. Como en esos momentos la representación diplomática de México en los Estados Unidos era el cargo más importante fuera del Gabinete, la proposición es aceptada y ambos marchan al país vecino, pues Mariscal encontrábase a la sazón en San Luis.

Romero hace sus preparativos de marcha a Oaxaca, pero

inopinadamente, el 2 de septiembre, recibe contraorden de Juárez para que, investido con el carácter de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, salga con destino a los Estados Unidos a ocupar la Legación de México. Emprende don Matías el viaje, pero por tierra, a caballo; haciendo largas jornadas no exentas de aventuras y molestias sin cuento, que pintan la situación de los pueblos de su itinerario: no hay qué comer, los camastros de los mesones son viveros de chinches y piojos, y las haciendas, cuando no están abandonadas, resultan ser los sitios menos inhóspitos. En el lugar llamado La Parida mata una víbora con su pistola, y al pasar por La Angostura observa, entre interesado y dolorido, el sitio de una de nuestras derrotas en el 47. El 10 llega a Saltillo, y como de costumbre, lo ve todo: la parroquia, la plaza, el Parián, la plaza de toros y hasta el panteón, siempre montado en su caballo tordillo, del que se ha hecho para este viaje y que mostrará con orgullo de jinete hasta en Washington. El 11 sigue para Nuevo León; en el camino encuentra a la familia de De la Fuente, que le informa que éste ha salido para Matamoros. Esa misma tarde llega a Monterrey, que Vidaurri domina convertido en terrible cacique. Búscalo y se le impide hablarle a pretexto de que se halla enfermo. Compra una silla vaquera de a 150 pesos, y la estrena yendo a la Ciudadela, al Obispado, al cerro de Buena Vista, donde fue resistida la acometida de los invasores yanquis. Retorna a buscar al cacique, pero con iguales resultados, y como es el aniversario de la proclamación de la Independencia, asiste al baile oficial, en donde se encuentra a De la Fuente y a su paisano, el ex-ministro don Manuel Ruiz. El 17 hace un breve viaje a Brownsville en busca de los hermanos Treviño, y vuelve. Tiene oferta de pasajes en un buque de guerra de los Estados Unidos, y lo acepta. Habla con Mariscal y con los empleados de la Legación, y desde el momento en que psicológicamente admite embarcarse comienzan sus dolencias. Por fin, el 23 de septiembre aborda el "Celtic" en compañía de Mariscal, cuya designación no había sido modificada, y encarga encarecidamente el cuidado de su tordillo a los grumetes del barco.

El 3 de octubre llega a La Habana. Despiértanlo las sal-

vas de artillería con que se celebra el natalicio del cónyuge de la reina de España. Tropieza con rémoras al desembarcar, por falta de pasaporte, y más aún las tiene el caballo, pero todo se arregla en la aduana con sobornos. Compra chácharas y dulces habaneros en el Café de la Dominica, también libros; pasean a pie él y Mariscal, y ya en su poder el tordillo, luce cabalgadura y silla por el Paseo del Tacón. Va con Mariscal a Regla, pasando en vapor la bahía, y luego, en coche, a Guanabacoa. Por las noches concurren al teatro y a "las vistas", como se llamaba a las proyecciones fijas. Como el día 10 es el besamanos. Asisten a la apertura de los cursos de la Universidad, y en la tarde van a visitar la Catedral, donde Romero dice que vieron el sepulcro de Colón, al lado derecho del presbiterio, cubierto por una lápida de mármol, con un retrato en relieve del navegante genovés.¹² El 16 se embarca para Nueva York en el vapor "Creole", el 21 llegan al gran puerto norteamericano, en donde permanecen varios días en compras y visitas, y el 26 están en Washington. Al día siguiente Romero se entrevista preliminarmente con Seward, y el 29 presenta sus credenciales a Lincoln.

Mientras tanto, y a raíz de la salida de don Matías de San Luis Potosí, hubo nueva composición del gabinete, por la renuncia de Doblado, en esta forma: Lerdo, en Relaciones; Iglesias, en Justicia; Núñez siguió en Hacienda y Comonfort en Guerra. La renuncia de Doblado se había debido a una arbitrariedad suya que Juárez no pudo permitir: la orden para que salieran inmediatamente de San Luis don Manuel Zamacona y don Francisco Zarco, y del país en el plazo de 3 días.

Cumpliendo instrucciones de Juárez, no tarda Romero en volver a Nueva York para entrevistarse con un tal Chadwick sobre compra de armamento. Estimulado por su ascenso y apoyado en la representación que ostenta, empieza a desarrollar gran actividad. Aprovecha su estadía en el puerto para ofrecer una comida en el Delmonico a gentes importantes capaces de influir en favor de México. El 30 de noviembre tiene una segunda entrevista con Chadwick, en Nueva York, sobre compra de armas, y sus actividades sólo le permiten volver a Washington hasta mediados de diciembre.

Casi todo el mes de enero de 1864 y buena parte del siguiente transcurren en recepciones oficiales y banquetes: ya oficiales, ya en la casa de Lincoln; ora en la casa de Seward, o bien, en la Embajada mexicana, con asistencia de personajes muy importantes, entre ellos algunos miembros de comisiones del Senado y del Congreso. Por los mediados de enero ocurre la retirada del gobierno republicano de San Luis a Saltillo. Con este motivo Romero recibe una instancia urgente de Juárez apremiándolo en la compra de armamento: "Procure enviar armas; pocas, dos o tres mil rifles, pero que sea pronto."¹³

El 2 de marzo va al Congreso y sabe que, por fin, se ha aprobado la resolución de pedir la correspondencia sobre asuntos de México, y el 8 Seward lo manda llamar para informarle de las noticias que ha recibido, según las cuales están intrigando activamente Vidaurri y Doblado para hacer renunciar a Juárez; pero Romero, por carta de Juárez, suscrita en Saltillo desde el 22 de enero, tiene información exacta: por los mediados de ese mes, comisionados de los generales González Ortega y Doblado entrevistaron al presidente para sugerirle que renunciara, aduciendo que mientras siga en el poder el enemigo puede esgrimir el pretexto de que en esas condiciones no puede entrar en arreglos de paz.¹⁴

Para influir sobre la necesidad de que los Estados Unidos apliquen la Doctrina Monroe, entrega don Matías al Senado, por conducto de mister McDougall, el borrador de una resolución pidiéndole a Lincoln la correspondencia relativa al establecimiento de una monarquía en Centro y Sudamérica. (Había, en efecto, motivos para aducir esta política en favor de México: lograda su independencia en 1844, la República de Santo Domingo había vuelto al dominio español en 1861, y recientemente una escuadra ibera había ocupado las islas Chinchas, del Perú, a pretexto de reclamaciones de súbditos españoles, lo que daría margen a que el presidente Peyet celebrara un tratado muy humillante para ese país, determinando la llamada "guerra de la restauración del honor nacional".)

La actividad de nuestro Embajador en favor de una po-

sitiva ayuda moral de Washington hacia el caso de México logra mover la opinión pública en algunos sectores, como se demuestra por el hecho de que el 24 de marzo es invitado para una comida en Nueva York que ofrecen varias personas "en muestra de simpatía a México". Hay muchos brindis y Romero quiere sacar partido a estas manifestaciones buscando que se conozcan en un folleto de divulgación que pretende imprimir. Pero Mr. Beeckman, a quien consulta el caso, lo hace desistir, y se conforma con que se publiquen, como ocurrió, en *The Herald* de Nueva York, como parte de la crónica del banquete.

Una súbita afección de la próstata interrumpe sus actividades, obligándolo a guardarse en sus habitaciones del 20 al 30 de abril. La mejoría, aunque alternativa se inicia en la primera semana de mayo. Para el 13, ya tiene humor de ir con Beeckmann y su hija a ver los esclavos libertados por el ejército abolicionista.

Vuelve a la tarea diplomática que ha de consistir en inducir al gobierno de Washington a exhibirse como interesado en la suerte del régimen republicano de México; pero en esos días tropieza con el contratiempo de que Seward ha dado satisfacción pública a Francia motivada por "la resolución sobre los asuntos de México", dada por el Congreso norteamericano, lo que es indicativo de que, por la situación interna del país, los Estados Unidos no consideran todavía conveniente ostentar una política definida en favor de México. Obtiene la promesa de algunos diputados para pedir oficialmente a la Secretaría de Estado copia textual de la satisfacción dada; y con relación al Senado, McDougall le ofrece que la comisión de relaciones dictaminará reforzando la actitud del Congreso.

A principios de junio promueve en el Capitolio, con Mr. Wade, lo relativo "al mensaje sobre envío de armas a México, remitido por el presidente Lincoln al Senado, a petición suya"; pero el día 13 le avisa Wallis el fracaso de la gestión hecha para la exportación de armas, pese a que su venta ya estaba concertada, y a esta mala noticia viene a sumarse una rectificación de Summer, en el sentido de que no se ratifica-

rá en el Senado la resolución que sobre México había dispuesto el Congreso.

POR AQUELLOS DÍAS EL GOBIERNO REPUBLICANO tuvo que replegarse a Saltillo y, de esta plaza, a la de Monterrey, en medio de las desconfianzas de Vidaurri, enemigo de Doblado, que escolta al presidente y sus ministros, y de las necesarias temporizaciones de Juárez para evitar un rompimiento armado entre ambos, como estuvo a punto de ocurrir. Existe también el peligro de que los invasores austro-franceses, reforzados por los traidores, les corten la retirada, capturándolos. Tal situación precipita una entrevista de Romero con Mr. Chase, del Departamento de Estado, para urgirle la expedición de la licencia para exportar armas. El argumento de don Matías es que, si Doblado fuese derrotado, los franceses podrían llegar fácilmente a Monterrey a restablecer en el gobierno a Vidaurri, con dominio pleno sobre la región tamaulipeca, lo que les permitiría importar armas por Veracruz y Tampico facilitadas por los Estados confederados del Sur. Esto podría evitarse —aduce— si el gobierno norteamericano dejara sacar de diez a veinte mil rifles, con cuyo armamento sería factible conservar Monterrey.

A mediados de julio recibe carta de Juárez, que personalmente le entrega Marín, a fin de que le escriba a Plácido Vega y a Jesús García Morales, de Mazatlán y éstos le envíen al general Porfirio Díaz los dos mil rifles que se les han encargado, debiendo hacerse la remisión por Puerto Ángel. El general Díaz había apremiado a Juárez con su enviado especial, porque ya había comenzado la concentración de tropas franco-austriacas en Tehuacán, listas para la campaña contra Oaxaca, que personalmente iba a dirigir el mariscal Bazaine, como ocurrió. No cuidó Romero en su *Diario* de anotar el resultado de sus gestiones, y sí su preocupación por los informes del senador Conners, por California, respecto a determinados planes de los franceses sobre Sonora y California, para instalarse allí convirtiendo esas entidades en una posesión francesa.¹⁵

Poco después el amago de las tropas confederadas sobre Washington desplaza a sitio secundario el interés que pudie-

ra tener el gobierno norteamericano en el envío de armas para México, si es que lo tuvo antes de la derrota del general Lee. Pero nuestro ministro no ha echado al olvido el asunto poniendo en juego nuevos medios, y en su nota de 20 de julio refiere que fue a buscarlo el cuartel maestre de Nuevo México, con quien trató sobre la manera de obtener 3,500 fusiles que estaban en Santa Fe.

Se traslada a Nueva York (julio 23) en busca de salud, para consultar a su médico, el doctor Navarro, y en la casa de éste se encuentra a Mariscal, que gozaba de una licencia, a Baz, a Fuentes, Ojinaga, Inclán, Ordaz, Zárate y otros mexicanos, con quienes se hace la tertulia para comentar la situación del país. Después hace varios pequeños viajes cuya finalidad no revela, salvo sus incursiones a Soysset para ver a la señorita Beekmann. Visita West Point, en donde ve banderas y cañones tomados a México en el 47, y después de nuevos viajes por aquí y allá, termina el 31 de agosto en Soldier's Home (donde descansaba Lincoln), aparentemente para tratarle sobre una beca para uno de los hermanos de su novia. Anota que por haber estado dormido el presidente no pudo verlo.

En uno de sus viajes a Nueva York (agosto 18) lo buscan varios oficiales mexicanos que, por contingencias de la lucha, habíanse visto obligados a cruzar la frontera, y que desean volver a Matamoros para reincorporarse; pero cuando Romero vuelve a Nueva York, el 2 de septiembre, ya la situación había cambiado por la evacuación de Monterrey.

Va a Paterson, a pasar un día con Enrique Mejía, y a su regreso a Nueva York se encuentra sorpresivamente con su paisano el general Ignacio Mejía, que regresa de su destierro y prisión en Francia. Como éste anda en busca de su hijo Nacho (que ya había muerto ignorándolo su padre) Romero tiene que darse maña para darle la noticia con cuentagotas.

El 6 de septiembre, el doctor Navarro informa a Romero haber recibido informes de Santacilia, yerno de Juárez, de haber emprendido el viaje a Nueva York con doña Margarita Maza, esposa del presidente, y sus hijos. Va don Matías violentamente a Washington y retorna a Nueva York para disponer lo necesario. El 16 llega inesperadamente Doblado y habla con Romero sobre los rumores que corren en el campo

republicano: se dice con insistencia que los Estados Unidos están flaqueando con el gobierno de Maximiliano y parecen dispuestos a reconocerlo. La retirada del ministro americano, mister Corwin, aunque lógica porque era imposible que anduviera siguiendo al gobierno en su peregrinación, daba consistencia a la versión. Entonces fue cuando ante lo que Romero y Doblado creían que podía ser el principio del fin, aquél, a insinuación de éste, se refirió en carta a Juárez, a la conveniencia de interesar a los Estados Unidos en México, de tal manera que pudieran desistir de ese pretendido reconocimiento. Alarmado el general Doblado por estas versiones, se trasladó a Nueva York, en donde conferenció con Romero en el sentido de que si con el reconocimiento Francia afirmaba su situación política y militar en el país, con serias posibilidades de lograr sus pretensiones sobre la Baja California y parte de Sonora, valdría la pena intentar que se sacara partido de algo que México estaba llamado a perder, ofreciéndolo a los Estados Unidos, si con ello pudiera conjurarse ese reconocimiento.

Como resultado de ese cambio de impresiones, Romero trató oficialmente el caso con el ministerio de Relaciones de México,¹⁶ pero de una manera informal: explicaba que pensando lo que fuera prudente hacer, convinieron él y Doblado en que éste, que en lo particular opinaba que el gobierno vendiera a los Estados Unidos la Baja California y una parte de Sonora, estaba dispuesto a recomendar esa medida a Juárez para interesar a Washington en favor de México y contra el reconocimiento, y así llegar a saber cómo reaccionaría Seward si se llegara a proponer esa venta; pero sin comprometerse a nada, ya que Romero no aparecería ni oficial ni extraoficialmente en el asunto.

Para ese fin —seguía explicando— hicieron venir de Nueva York a mister Plumb, porque éste se había ofrecido a proponer confidencialmente el arreglo a un amigo íntimo de Seward, y que fue Doblado el conducto para hablar con este intermediario. Luego agrega que el deseo de llamar la atención del Supremo Gobierno hacia este importante asunto lo ha decidido a someter a la consideración del ministerio de Relaciones —a cargo de Lerdo de Tejada— "las reflexio-

nes precedentes y que no pasan de conjeturas más o menos fundadas sobre los destinos futuros de nuestro país".¹⁷

En la nota posterior dice que en relación con "la idea de enajenación de nuestro territorio emanada del general Doblado, se propuso tener una conferencia con él (Seward) para tratar del asunto" "... Empecé por decirle que seguramente habrían llegado a su noticia cuáles eran las ideas del Gral. Doblado sobre enajenación del territorio mexicano, porque estas ideas habían sido comunicadas a varios amigos de la administración para que llegaran a noticia del Gobierno. Mister Seward no sabía nada, o lo que es más probable, me dijo que no sabía nada; entonces le informé de lo que el Gral. Doblado pensaba a este respecto. Le agregué que como seguramente se le diría que yo participaba de las mismas ideas, creía conveniente manifestarle para su gobierno, que las mías eran bien diferentes."¹⁸

Este devaneo diplomático pudo tener por objeto aplazar o hacer desistir a Seward de lo que se suponía un inminente reconocimiento de Maximiliano como emperador de México; pero en nada modificó la actitud reservada de la cancillería norteamericana, ni su resolución de no impartir ayuda material al régimen republicano en tanto que los Estados Unidos no resolvieran su problema interno. Sin embargo, sirvió para explorar y convencerse de que no existía el peligro de ese reconocimiento. Desgraciadamente los conservadores aprovecharon esa exploración para hacer más tarde injustos cargos a Juárez.

POR FIN, EL 9 DE OCTUBRE llegó doña Margarita Maza a Nueva York con sus hijos y su yerno Santacilia, alojándose provisionalmente en el Hotel de Nueva York. Romero, viejo amigo de la familia, se acomide a mostrarles algunos sitios, además de las fortificaciones, el Fuerte Schuyler y el Museo Barnum. El 12 puede ya la familia ocupar la casa que les había sido arreglada en la calle 31. Quedan bajo el cuidado de Santacilia y Romero puede volver a Washington. Al llegar, advierte que se ha recrudecido la lucha en el frente sobre la capital norteamericana y que los confederados están tomando la ofensiva, lo que deja a nuestro embajador en un

obligado receso diplomático. De Juárez se supo que iba rumbo a Chihuahua, pero se ignoraban los detalles.

Transcurren los días para Romero en algunos cumplidos sociales y aprovecha la invitación para visitar la Fortaleza Monroe, en donde es huésped del general Grant; lo hace su amigo y logra infundirle ideas en favor de la causa de México. Visita el fuerte con el general Meade en un tren especial y contempla diversos aspectos de la lucha civil entre el mismo Fuerte y las avanzadas de los confederados.

El 27 de octubre retorna a Washington, el 29 visita a Seward y a su esposa, y el 31 lo hace con el presidente Lincoln. Al día siguiente ofrece a Seward y a su esposa una comida, y aunque nada comenta en sus notas, estos acercamientos y contactos con políticos y militares no son ajenos a la insistencia con que Romero continúa activo para hacer presente la voz y la existencia de un México independiente que lucha para sobrevivir a su infortunio. Busca hacer conciencia pública, y el 7 de noviembre va a Nueva York para reunirse con varios mexicanos y proponerles la impresión de un periódico en español, en el que se sostengan los derechos de México a su soberanía y libertad. Su proyecto es aprobado y quedan nombrados en comisión para estudiar presupuestos Doblado, don Francisco Zarco y el doctor Navarro.

El 8 se entera por Santacilia de la gravedad de Pepito, el hijo mayor de Juárez, que muere, y cuya noticia llega al padre hasta el 14, cuando el cadáver lleva seis días de inhumado. El mismo 8 transcurren las elecciones presidenciales. Le impresiona a Romero ver las casillas llenas, pese a la lluvia constante, y caminando todo en completo orden.

A su regreso a Washington va a verlo el coronel Dugan con un proyecto para levantar soldados voluntarios que vayan a México a luchar en favor de la República. No tarda en volver Dugan acompañado de un tal Chester. Por aquellos días llegan a Washington dos enviados del general Díaz, urgiendo el envío de armas por la inminencia de la expedición enemiga sobre Oaxaca: ellos son el general Mariano Escobedo y José Ramón Rodríguez. Este apremio lo hace ir a ver a Seward. Nada consigue, y posteriormente Usher, funcionario del Departamento del Interior, le informa que

las armas compradas para México siguen detenidas en San Francisco. El 26 de noviembre vuelve a hablar con Usher, y por lo que se ve en las notas efemérides, hasta el 9 de enero del año siguiente de 65, la situación del armamento seguía igual, pese a que el senador Davis ha formulado algunas interpelaciones sobre el caso.

Aunque ya no aparece en el *Diario* (que se interrumpe el 28 de enero de 65) es interesante conocer el resultado de los proyectos de Dugan y Chester para levantar voluntarios en los Estados Unidos: en 1865 hubo un tratado, que no llegó a realizarse, celebrado entre don Matías Romero, en representación del gobierno de la República, y el general de división J. M. Schofield, del ejército de los Estados Unidos, por el cual el segundo aceptaba el empleo de general de División del ejército mexicano con el carácter de general en jefe de todas las fuerzas que se levanten, compuestas de emigrantes de los Estados Unidos. Este cuerpo constaría de tres divisiones de infantería, una de caballería y nueve baterías de artillería. Su organización sería la que previenen las leyes de los Estados Unidos, pero estos cuerpos formarían parte del ejército mexicano, con un alistamiento en el servicio por tres años, pudiendo antes ser licenciados por el presidente de México o por el general en jefe. Los fondos para sus sostenimiento y pago de provisiones se obtendrían mediante un préstamo que negociaría el gobierno mexicano con el de los Estados Unidos.

Este arreglo conocido como "Tratado Romero-Schofield", se formalizó después de la victoria del general Grant contra los confederados, ocurrida el 3 de abril de 1865, con la toma de Richmond, pero no llegó a tener vigencia porque Juárez lo nulificó, y por haberse opuesto a él Seward. En entrevista con Romero, el secretario norteamericano le expresó que veía con agrado el proyecto de la expedición a México, pero que creía de mayor validez encargar a Schofield una importante misión confidencial en París, consistente en prevenir a Napoleón III del peligro de un ruptura entre los Estados Unidos y Francia si no ordenaba el retiro de sus fuerzas en México. Schofield, ya suscrito el Tratado consultó el caso con Romero, y como no se había conseguido del gobierno

norteamericano el dinero para la expedición, aun comprendiendo Romero los fines de Seward, le aconsejó que aceptara aquella misión.

Asesinado el presidente Lincoln después de su reelección, asumió el cargo el vicepresidente Johnson. En lo personal trató de seguir con México una política franca de ayuda material y acordó que se sacaran de los almacenes cinco mil fusiles y que se entregaran al general Pedro Baranda, comisionado mexicano para ese objeto, con el correspondiente parque y sin poner reparo en el precio ni en las condiciones de pago.

Sin embargo, Seward se opuso, como se había opuesto a la expedición de Schofield. Interpelado por Romero, le dio la siguiente explicación:

que a México mismo convenía que los Estados Unidos no le den ningún auxilio físico, y que sólo cuente con el moral que ha tenido hasta aquí. Dijo que estaba seguro de que si un ejército de los Estados Unidos iba a México, nunca regresaría; que era fácil arrojar a los franceses de nuestro país, pero que veía imposible arrojar a los Yankees; que cada millón de pesos que el Gobierno de los Estados Unidos nos prestara ahora, nos costaría después un Estado y cada arma que nos diera en estas circunstancias tendríamos que pagarla con un acre de tierra mineral.¹⁹

Una vez —continuaba Seward— que no quede un soldado francés, la guerra extranjera ha concluido y pasado a guerra civil, en la que no considero conveniente mezclarme; soy enemigo de las intervenciones; por tal motivo combato la de Napoleón III en México y combatí también la de Estados Unidos en México.

Finalmente, el 6 de abril de 1866 *Le Moniteur*, de París publicaba la noticia oficial de la retirada definitiva de las tropas francesas en México.

REANUDANDO LA GLOSA del *Diario*, un suceso de orden muy personal va a cambiar la vida de don Matías: el aviso telegráfico de su hermano José, que recibe el 14 de diciembre de 1864, sobre la inminente llegada de su madre y hermanos a Nueva York. Probablemente influye también en la interrupción definitiva de su efeméride. El 15 ofrece en la Embajada una cena a varios matrimonios importantes, y el

16 sale en busca de sus familiares, a quienes ya encuentra alojados en el Hotel Barcelona: allí están su mamá y sus hermanos, a quienes no veía desde su salida de Oaxaca (octubre 29-55). Luz, ya en edad de merecer, con sus 18 floridos años, a quien dejó apenas de 9; José, muy formal, con arriscados mostachos, a la usanza de la época, y Cayetano, el menor, a quien dejó siendo niño de pecho. Liquidada el hotel y se lleva a los suyos a la casa de huéspedes de un señor Bruzal, donde suelen improvisarse hermosas tertulias familiares, con asistencia, a veces, de las hijas de Juárez. Las ameniza con sus interpretaciones al piano Teresa Carreño, compatriota con grandes aptitudes y mucho temperamento. Se canta también y es costumbre cenar a eso de la media noche. El 23 de enero de 1865 se marchan todos para Washington, y el 24 concurren a una *misa de gallo* en una iglesia católica. Romero desvívese por pasearlos; pero el duro clima los obliga a pasar muchos días recogidos.

Este mes de enero (último en el *Diario*) transcurre para don Matías en recepciones oficiales, cenas, comidas, banquetes, actos sociales a que lo obliga su cargo. Apadrinados por Seward y su esposa, el 14 va Romero con su madre y hermanos a la casa del presidente Lincoln para las presentaciones. Por la noche de ese día asiste a la cena que ofreció aquel místico Usher, del Departamento del Interior. Allí están Seward y otros políticos. Usher lo recibe con la buena noticia de que, por fin, el Senado mandó imprimir los documentos sobre México enviados a ese Cuerpo por el presidente de los Estados Unidos.

El 28 va a retratarse en grupo con su madre y hermanos, a la Galería Gardner, y... por alguna causa ignorada, muy importante o muy trivial, tal vez la atención que debe a los suyos, se interrumpe el *Diario* con la iniciada frase de "Me vine a escribir a las...".

NOTAS

¹ COSÍO VILLEGAS, Emma (ed.): *Diario personal de Matías Romero (1855-1865)*. México, El Colegio de México, 1960, p. 154.

² *Ibid.*, p. 154.

³ *Ibid.*, p. 119.

- 4 *Ibid.*, p. 351.
- 5 *Ibid.*, p. 378.
- 6 *Ibid.*, p. 400.
- 7 *Ibid.*, p. 415.
- 8 *Ibid.*, p. 423.
- 9 Mensaje de Buchanan al Congreso de EE.UU. (Dic. de 1859).
- 10 *Ibid.*, pp. 527-28.
- 11 Asegura el Gral. Díaz que Juárez le expidió despacho de coronel efectivo del ejército permanente y que el propio Díaz lo colocó como jefe de su Estado Mayor y secretario. (*Memorias del Gral. P. Díaz*. Ed. de "El Universal", p. 100).
- 12 Aunque no de una manera definitiva, desde 1877 se sostiene que los restos de Colón descansan en la Catedral de la República Dominicana.
- 13 *Epistolario de Juárez*. Carta de Juárez a Romero. (En 13-64.)
- 14 *Ibid.*, *loc. cit.*
- 15 *Diario*, p. 611.
- 16 Notas de Oct. 22 y Nov. 12-64 al Ministerio de Relaciones de México.
- 17 Todo provino de que Plumb dijo a Romero que oyó decir a Clarence Seward (sobrino del Secretario de Estado) "que así como tenían la firma y concesión de Maximiliano, para un negocio de express, estaban seguros de obtener el consentimiento y aprobación del presidente" (para el reconocimiento de Maximiliano).
- 18 Notas de Romero, de 22 Oct. 64 y 12 Nov. a la Secretaría de Relaciones, y Carta de Juárez a Romero (Dic. 22-64).
- 19 Carta de Romero a Juárez (Abr. 6-66). *Correspondencia de la Leg. Mex. en Washington*. Tomo IV. Doc. 266.